

Congreso de teología y pobreza

(21-27 de septiembre de 1981)

2.000 CRISTIANOS REFLEXIONAN SOBRE LOS PÓBRES EN LA IGLESIA

«La idea de la celebración del Congreso sobre Teología y Pobreza —en palabras de J. A. Gimbernat y J. J. Tamayo— surgió de un colectivo de teólogos sensibilizados con el fenómeno de la pobreza.

No se trataba de elaborar un discurso teológico sobre la pobreza como si ésta fuera el objeto propio de la teología, sino de hacer teología desde el horizonte de la pobreza con la pretensión de situar la reflexión cristiana en relación con los contextos socio-económicos estructurales, generadores de opresión» (Ponencia «Las Comunidades de Base y su lucha contra la pobreza»).

La colaboración desde el primer momento de las comunidades de base, comunidades populares y grupos de cristianos comprometidos en la lucha contra la pobreza ha ayudado a dar realismo, objetividad y coherencia a esta reunión de casi 2.000 cristianos, y que sólo es comparable con el encuentro de hace diez años en el Escorial a propósito de la Teología de la Liberación.

En el Congreso, al que ha asistido un contingente grande de juventud y seglares, se ha hablado desde dos experiencias básicas:

— la comunidad cristiana según el Evangelio de Jesús de Nazaret se construye desde los pobres, y

— el cristiano vive un compromiso ético que le lleva a luchar contra las causas estructurales y personales que mantienen la situación de pobreza en nuestro mundo.

A la hora de hacer enjuiciamientos prácticos de todo tipo y su formulación teórica se ha notado en todos los ponentes y en las intervenciones de la sala un distanciamiento crítico y objetivo que ha matizado y enriquecido muchas posiciones sustentadas con cierta virulencia, ruptura y politicismo en etapas anteriores. La sensibilidad por el tema de los pobres y la pobreza viene de América Latina; así lo afirmó Casiano Floristán en las palabras de apertura e Ignacio Ellacuría en su intervención. A nuestra creatividad queda el asumir con carácter propio e incardinación en el «aquí y ahora» este espíritu profético que puede renovar la Iglesia.

El lunes 21 de septiembre, a las 19,30, empezó la primera ponencia a cargo del economista Angel Serrano sobre el «Análisis socio-económico de la pobreza en España». Basó su exposición en dos argumentos: la escasa utilidad del término pobreza, pues no traduce la realidad regional y social existente que es de una profunda desigualdad, y la situación actual española en la que casi los dos tercios del capital invertido pertenece a cien familias.

P. Altares expuso las líneas de actuación y evolución de los movimientos sociales de Emancipación en España. Se centró fundamentalmente en el movimiento sindical y en los movimientos ecologistas; en ambos casos nos ha faltado tener en cuenta la historia reciente de los últimos cuarenta años que impide los cambios bruscos de la noche a la mañana y el no haber creado movimientos desde la base. Ante el miedo actual que se respira en nuestra sociedad hay que hacer una llamada a la responsabilidad que se traduce en participación a todos los niveles, pues no podemos esperar a que otros hagan la labor que nos corresponde.

A continuación de P. Altares intervino Adela Cortina en el sentido de buscar un juicio ético válido y común para analizar la realidad económica social de nuestro mundo. Para la teología cristiana el principio básico es muy claro: Dios es padre, cada persona es valiosa y todos somos hermanos. Pero como en nuestro mundo también hay no creyentes implicados en la construcción de una sociedad nueva, unos y otros tenemos que intentar un juicio ético común sobre la realidad que condiciona nuestra estructura social y personal. No todos los códigos morales son correctos; desde la razón y la coherencia hay que buscar criterios relevantes. Tres aparecen como los más importantes: la felicidad personal y uni-

versal, la superación de toda alienación para llegar a una sociedad nueva y la dignidad de la persona humana como base de todos los humanismos.

El peligro está en que al plasmar estos criterios en la realidad del nivel político, lo humano queda diluido y ambiguo. Una línea clara de actuación puede ser que la situación que no respete los derechos de todos es inmoral, pues la base común es que cada persona tiene los mismos derechos.

Utopía-realidad, utopía-praxis y utopía-sistema fueron los tres aspectos analizados por Joaquín García Roca para hacer más comprensible la pregunta de fondo: «¿A quién sirve la fe cristiana?» El desinterés por el tema puede explicar la patología e intoxicaciones de la utopía en los últimos años, que se presenta como huida espiritualista (dualismo), como crítica escéptica y rígida de todo y como radicalización de lo cotidiano. Ante esta situación la fe debe ponerse en actitud de búsqueda de mundanidad, historicidad y sociabilidad. ¿Cómo conseguir estos caminos auténticos de la utopía? No hay más camino que la disciplina y espiritualidad del Exodo que se puede resumir en tres palabras: imaginación, alternativas y desclericalización.

La presentación de la teología cristiana desde el horizonte de la pobreza fue realizada por J. I. González Faus, J. Vives y J. M. Castillo.

J. I. González Faus analizó la sociedad de Jesús, sus factores determinantes y la postura de Jesús y su estilo de lucha en esta situación. La afirmación de Jesús de que toda riqueza es injusta (Mt 6, 24 y Lc 19, 2-26) y de que la riqueza imposibilita la salvación (Mt 19, 2-26) condena toda religión encubridora de injusticias y marca el auténtico significado de los pobres de espíritu.

Si el Reino de Dios es un ofrecimiento gratuito, los pobres son los que están en mejor condición de acoger la salvación cristiana. Así lo entendió Jesús y los primeros cristianos. Josep Vives matizó —a pesar de la escasez de tiempo de que dispuso— la situación de pobres y ricos en la Iglesia de los primeros siglos. La experiencia cristiana va unida a la actitud de no absolutizar nada como exclusivamente propio, al compartir todo y al servicio como forma normal de situarse en la comunidad. Con los primeros moralistas se acentúa el carácter estoico de la perfección cristiana y se produce un reduccionismo en su dinamismo más profundo y característico. Para la Iglesia primitiva estaba claro en medio del lujo y despilfarro del Imperio Romano que toda riqueza que no se pone al servicio de los pobres es un robo, y que no hay

celebración cristiana sin solidaridad efectiva. A pesar de todo, la Iglesia no llega a actuar en las estructuras socio-económicas, pues difícilmente se puede actuar si no se conoce el armazón que sustenta el tipo de gobierno y economía de un país. Así, la fuerza revolucionaria de la comunidad y fraternidad cristiana quedó reducida a tareas de beneficencia individual y concreta; se atendieron los efectos, pero no las causas.

Los ponentes del sábado intervinieron mañana y tarde en locales diferentes, dada la afluencia de congresistas de otras provincias que vinieron aprovechando el fin de semana.

José M.^a Castillo abordó el tema «Teología y Pobreza». Su esfuerzo y acierto estuvo en resituar a la pobreza en el lugar que le corresponde dentro de la vida de la Iglesia. La tradición cristiana ha hablado siempre de la pobreza en la sección de cuestiones morales como obligación de la virtud de la caridad. Es necesario devolver a la pobreza el puesto que le corresponde en la teología dogmática; sólo así se superará el contraste entre Evangelio y Teología en el tema y realidad de los pobres. Analizó con profundidad y claridad la paternidad de Dios desde el punto de vista ontológico —Dios es Padre de todos— y epistemológico, tomamos conciencia de esta vivencia religiosa desde los pobres. Por lo tanto, la revelación de Dios no es completamente neutral en la manifestación: Dios revela su paternidad universal desde los pobres para indicarnos que no quiere diferencias. El Dios neutral de los ricos es una representación ideológica que tranquiliza las conciencias. Tarea de la teología y de los teólogos es desenmascarar los ídolos, devolver al pueblo creyente la palabra y decisión que le corresponden y reestructurar los temas teológicos fundamentales en función de la pobreza.

Con estas premisas sociológicas, éticas y teológicas como telón de fondo, F. Urbina y J. M.^a Díez-Alegría abordaron las posturas tradicionales de la Iglesia a lo largo de la historia en el aspecto de doctrina y praxis social.

J. M.^a Díez-Alegría comenzó afirmando que en la Historia de la Salvación a partir de Jesús de Nazaret, «la Iglesia debería ser una Iglesia de pobres».

Hablando de los Santos Padres del siglo IV dice: «Estos grandes obispos denuncian éticamente las lacras derivadas del latifundismo y procuran oponerse en casos particulares a los excesos del totalitarismo político. Pero están encerrados en el sistema. Su

doctrina social suena a revolucionaria, pero en realidad no lo es. No se les puede negar un aliento profético, pero su denuncia, a pesar de su incontestable sinceridad, se queda reducida a un moralismo casi estéril. La Iglesia asiste impotente al nacimiento de las estructuras pre-feudales o cuasi-feudales que acompañan al de la gran propiedad.

Los grandes teólogos medievales mantienen la línea de los Santos Padres, pero sin el aliento profético. Lo mismo cabe decir de los teólogos de los siglos XVI y XVII... Entre 1848 y 1891, la doctrina social de la jerarquía eclesiástica y de los teólogos caen en lo más negro de un reaccionarismo antipopular. Esto aparece de una manera hiriente en una encíclica de León XIII (*Quod apostolici numeris*) de 1878. A partir de la *Rerum novarum* del mismo León XIII (1891) empieza a reconstruirse una doctrina social de la Iglesia menos impresentable. Pero originariamente es una ética "ideológica" de las clases pudientes, de carácter reformista conservador. Y hasta ahora no ha logrado romper con sus orígenes. Su pretendida neutralidad interclasista, consciente o inconscientemente, es una añagaza, que juega al servicio de las clases dominantes y, a fin de cuentas, de los explotadores.» La solución en el porvenir —para J. M.^a Díez-Alegría— está en «una Iglesia en que los que no sean sociológicamente pobres no puedan llevar la voz cantante por encima y en contra de los pobres».

Fernando Urbina habló de la postura de la Iglesia ante la pobreza en la época antigua-medieval, en la burguesa y en la actualidad. Insistió en la vinculación de la Iglesia (sin simplismos de ningún tipo) al grupo dominante desde la teocracia de los Concilios de Toledo. En el siglo XIX, al tiempo que la Iglesia realiza un servicio asistencial enorme, se forman «las dos Españas» que culminan en la Guerra Civil, donde se produce un feroz anticlericalismo no suficientemente estudiado aún. La Iglesia queda identificada con los poderosos y está ausente del bloque de los pobres; sus esfuerzos de servicio resultan así tangenciales y periféricos. Esta situación es una de las causas de la Guerra Civil de 1936-1939. Alrededor de 1950 surge en la Iglesia española un movimiento diferente y renovador: la Iglesia empieza a estar presente y a encarnarse en el mundo de los marginados. En los momentos actuales ante la crisis de la civilización burguesa occidental la Iglesia está abierta y con posibilidades de optar por el mundo nuevo que nace; esta alternativa evangélica es un reto y un interrogante.

«¿De qué forma la opción de clase expresa la fe cristiana, concretamente la opción evangélica por los pobres?» Este enunciado

interrogativo resume la ponencia de Rafael Aguirre. Acepta la opción de clase como el mejor medio que hace posible y eficaz la solidaridad con los pobres y contribuye a eliminar los mecanismos estructurales de la injusticia. La opción de clase debe concretarse en un «proyecto histórico» que es para nosotros alternativa al capitalismo y que viene matizado por la palabra «socialismo»; no obstante, la opción evangélica por los pobres no se agota en la opción de clase. Es necesario recuperar el nivel propio y distintivo de la fe que es el simbólico. Este aspecto es más urgente e importante que las mismas concreciones ético-políticas de la opción. Fidelidad a Dios como Padre y lucha por el Reino es una única fidelidad para el cristiano.

Ignacio Ellacuría habló desde el convencimiento y la experiencia personal de los pobres como lugar teológico (no sólo político) en América Latina. El recurso a los pobres es mucho más que «un intento de revitalizar la pastoral o la teología»; se presenta como un servicio en sentido evangélico a la causa de los más necesitados según las perspectivas del Reino. «Los pobres con espíritu son los que salvan y liberan incluso a los mediadores de su propia salvación y a los conductores delegados de su práctica; son lugar de conversión, de liberación, de justificación y de verificación.»

Ante la asamblea presidida el último día (domingo 27 de septiembre) por la significativa presencia de Javier Osés y Alberto Iniesta, José M.^a Rovira y Casimiro Martí desarrollaron el tema del «Futuro del Cristianismo». Descartaron de entrada el apoyo político a la fe, el purismo y el *ghetto* como posturas falsas y contraproducentes. Lo posible es aceptar la vivencia popular de la fe y abrirla a un futuro en que pueda ganar en profundidad, se vea libre de pesos ideológicos y se concrete como la presencia viva de Jesús para la comunidad. Lógicamente habrá que superar el peso burocrático, pues «lo más institucional es la misión», para que el equilibrio entre «dogma y norma y creatividad y libertad en el Espíritu sea una realidad».

«Lo menos ideológico para esto: el trabajo, la lucha, la esperanza de todos, fundados en la verdad-expansión-en-el-amor que es Jesús vivo, nos permite afirmar para el futuro una comunidad de fe que reza, que celebra y da testimonio comprometido de esta fe, acercando así la salvación de Dios a los pobres y oprimidos de esta tierra de forma que esa Iglesia de Jesús venga a ser factor de liberación y humanización real e histórica, y con ella, factor de reconciliación universal.»

La semana también tuvo sus momentos de oración y encuentros de fe; en la Celebración Penitencial se recogieron 550.000 pesetas encaminadas a los que sufren y padecen en Centroamérica. La organización del Congreso aportó alrededor de 200.000 pesetas para los parados de España. Alberto Iniesta en la Eucaristía final nos recordó con tono evangélico quiénes son los pobres, cuál es el único juicio cristiano sobre la riqueza y las líneas de la praxis creyente en nuestro mundo. La estructura y clima de las celebraciones —en las que se notaba la mano pastoral de C. Floristán— contribuyeron a crear un estilo de oración motivada por la conversión y búsqueda del compromiso liberador desde los pobres y de los pobres.

En las intersesiones durante la semana y en el momento de la clausura, organizaciones, movimientos colectivos y grupos de muy diverso signo preocupados por la liberación integral de la persona nos ofrecieron información, leyeron y repartieron comunicados y expresaron sus reivindicaciones para las que pidieron comprensión y solidaridad cristiana.

En la Eucaristía de clausura J. A. Gimbernat leyó las conclusiones provisionales del Congreso invitando a todos los asistentes y cristianos —de manera especial a los religiosos— a la reflexión teológica y opción desde los desposeídos como única perspectiva digna y válida de los que llamamos creyentes.

Experiencias e iniciativas de este tipo se abren camino por sí mismas, pues responden a lo más genuino del profetismo y mesianismo cristiano en una sociedad marcada por las diferencias en el tener, poder y realizarse, y que necesita la afirmación del ser, servir y compartir propios del hombre nuevo en Jesús de Nazaret y de la comunidad cristiana.

Jesús SASTRE